

Traducción y literatura

Roberto Puig

Traducción y literatura

La actividad de traducir, tan antigua como el hombre en su modalidad de interpretación, ha tomado un nuevo auge en el siglo que finaliza, con el surgimiento de nuevas tecnologías, la extensión de las comunicaciones y la creación de organismos inter o multinacionales cuyos debates y resoluciones se realizan y publican en muchísimas lenguas. Los progresos constantes y avasallantes que depara la ciencia aplicada han contribuido decisivamente a la aparición de nuevas formas de producción y difusión de mensajes traducidos: la televisión nos pone diariamente en contacto con pueblos cuyas peculiaridades lingüísticas, afines a las nuestras o no, pueden comprenderse mejor o conocerse directamente, y provocar con ello influencias –positivas o negativas, según se las mire– que anteriormente no se daban u ocurrían en menor escala.

La traducción es ciencia y arte; gracias a ella nos vinculamos con períodos históricos de la humanidad, remontamos los nebulosos senderos del pasado, podemos aprender acerca de otras formas de vida, costumbres, intereses, moral de seres (bien temporal o geográficamente distantes o próximos y contemporáneos) semejantes a nosotros, con nuestros problemas y nuestras alegrías, nuestros pesares y nuestras esperanzas; gracias a ella, tenemos acceso a obras cumbre del espíritu, y enriquecemos sensiblemente nuestro ser y nuestras posibilidades de actuar dentro de más elevados parámetros.

La necesidad de comunicarse de este modo surgió tan pronto como se pusieron en contacto seres de diversos grupos o códigos lingüísticos. El lenguaje gestual y el hablado fueron las primeras formas que debieron aprenderse y compartirse para lograr un nivel de comunicabilidad. La evolución natural de las cosas llevó a esta actividad a organizarse e intelectualizarse. Traducir presupone meditar, analizar, comparar, adaptar. Pero también, fundamentalmente, conocer a fondo ambas lenguas y el medio cultural en que se hablan. Esta doble exigencia es tanto más imperiosa cuando se traducen obras de marcado contenido regional, como es el caso, por ejemplo, del *Martín Fierro* de José Hernández. La traducción literaria requiere, así, por añadidura, capacidad e inspiración artística; la técnica, un empleo adecuado de la terminología e instinto de especialista.

Pero en materia científica las diferencias culturales anotadas, y por tanto las dificultades, se amenguan o desaparecen, en virtud de la identidad conceptual y univocidad –o casi univocidad– del léxico científico, y no ocurre lo que se ha dado en llamar la "transvernaculación psicológica", por lo menos en forma sensible. Por eso es que la traducción automática es en altísima proporción factible en el ámbito de la ciencia. (Al respecto, alguien nos ha preguntado recientemente si algún día las computadoras nos suplantarán. Creemos que, no obstante el continuo mejoramiento del sistema, los textos deberán ser editados por los humanos. Por otra parte, el progreso técnico no es la finalidad última de la humanidad; es un medio auxiliar, poderosísimo sin duda, pero quienes nos sucedan seguirán teniendo, esperamos, corazón además de cerebro; y mientras esto sea así, existirán los traductores.)

Nos recuerda don Quijote en el Capítulo LXII de la Segunda Parte de la inmortal novela de Cervantes, que "el traducir de una lengua a otra es como quien mira los tapices flamencos por el revés: que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez del haz..." pero no por esto infiere "que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen..." No obstante el matiz burlón de que aquí hace gala el eximio novelista, y alejándonos de estas cosas peores, advertimos que las variantes de esta actividad son múltiples. En prosa hay estilos, formas, especialidades, tecnicismos, que poseen particularidades propias; la poesía ofrece también las suyas. Mucho se ha debatido si para traducir poesía hay que ser poeta; si se puede o se debe traducir un poema en prosa o en verso; si conviene o no procurar conservar la rima, o si de no hacerlo se desvirtúa la tarea, etc.

Siglos hace que se contraponen la posibilidad de lo que se conoce como versión literal a lo que se alude como versión libre; que se discute si es o no factible la fidelidad (concepto variable, por otra parte, y a veces impreciso, por añadidura) en materia de traducción. ¿Hasta dónde tiene vigencia aquello de *traduttore traditore*? Sobre todo esto, las respuestas varían y se renuevan constantemente. Ya decía Amyot en el siglo XVI, el mismo que vio nacer a Cervantes y a Shakespeare, que una traducción debe ser "clara", vale decir, que debe poder entenderse, dado que el traductor tiene como propósito entender y transmitir lo entendido en forma comprensible a su vez. Aunque nos parezca sensata y aceptable esta posición respecto a lo general, no creemos que haya solución ideal y universal del problema que tome en cuenta todos los componentes particulares. En virtud de la complejidad del caso, y tomando en cuenta básicamente al texto escrito, que tiende a fijar, tantas veces en forma a lo sumo parcial o defectuosa, lo que por esencia es vivo y cambiante, nos parece oportuno efectuar algunas precisiones al respecto, sin pretensión alguna de originalidad, claro está, y distinguiendo la traducción del verso de la de la prosa.

La poesía —que al decir de Antonio Machado "es una respuesta animada al contacto del mundo" y que en ciertos períodos desempeñó en las traducciones un importante papel en la evolución de las artes y las letras, desde que comenzó a escribirse— también se halla presente, junto con la prosa, en el nacimiento de las literaturas que nos son familiares, empezando por la castellana: baste recordar aquí la importancia y la divulgación de ciertos textos religiosos, especialmente como se dio hace siglos, o recordar la labor de Alfonso el Sabio, o del Marqués de Santillana, entre otros, o la introducción del Renacimiento en las letras de España. La poesía, decimos, puede llegar a ser el género más difícil dentro de lo traducible. La traducción de un poema diríase que es una aventura, un tipo peculiar de interpretación, casi un ensayo a veces. Sea local o universal, tiene complejidades, heterogeneidades, elementos relevantes e irrelevantes. Cuando se traduce de una lengua a otra, se pasa a menudo de lo local y temporal a lo universal e intemporal, aunque esto, naturalmente, no es privativo de la poesía. En verso o en prosa, lo individual, lo particular, hace necesaria la traducción; lo general, lo universal, la hace posible. El escritor explora la realidad; el traductor contribuye a acrecer esa

conciencia de la realidad y de lo posible. La obra literaria existe ya en una lengua concreta; posee su sentido, en un sistema particular de denotaciones y connotaciones; la traducción la hace tangible universalmente.

Pero recordemos que en esta dimensión planetaria no ya el número importa sino, fundamentalmente, la selección de textos que merezcan traducirse.

Mas la traducción en sí, en función de experiencias y pareceres disímiles, y no obstante su palpable realidad, no siempre o para todos se cree o ha creído posible; se ha argumentado, especialmente con referencia a la poesía, que a veces es sólo una entelequia, una batalla perdida, diríamos; otras opiniones no la presentan sino como una dificultad a superar, o pasible de superarse. T. H. Savory comentaba hace unas décadas, en una interesante publicación llamada "The Art of Translation" que la realidad nos ofrece numerosos ejemplos de sugerencias contrastivas para el traductor de poesía: una traducción debe ofrecer las palabras del original / las ideas del original; debe leerse como una obra original / debe leerse como una traducción; debe reflejar el estilo del autor / debe poseer el estilo del traductor; debe leerse como contemporánea del original / como contemporánea del traductor; puede agregar u omitir algo del original / no debe omitir ni agregar nada al original; si el original está en verso, así debe ser la traducción / si es un poema, deberá traducirse en prosa...

¿Qué conclusión puede extraerse de esto? ¿Hay acaso alguna conclusión posible? A lo sumo, parecería prudente recordar algunos elementos a tener en cuenta.

En primer lugar, la traducción no es simplemente una relación entre autor y traductor: a menudo se pasa por alto el tercer término: el lector, término de por sí naturalmente cambiante, variable de época en época y de lugar en lugar, que por esto precisamente no tiene la misma receptividad: sabido es que los originales de las grandes obras no envejecen, pero sí sus traducciones.

Además, las lenguas no procuran siempre rendir u ofrecer todo; en ellas impera y alterna o se entremezcla con la elocución una indefinible frontera de silencio que no coincide entre unas y otras.

Por su parte, la mera noción de fidelidad cambia constantemente también. Se puede pensar en fidelidad... ¿a qué?, ¿a la forma?, ¿al contenido?, ¿a elementos inasibles, y por ello no cuantificables? Puede darse incluso hacia las letras mismas en algún caso. Todos los puntos de vista encierran aquí su cuota de verdad, pero a menudo son totalmente antitéticos. El estilo, que es uno de los elementos que dan pie a algunos conceptos de fidelidad, puede presentar tantas y tan complejas variantes que volverían artificial toda clasificación. El propósito puede influir, y de hecho influye, en aquél: no es lo mismo traducir una obra de divulgación para niños que para adultos; no es lo mismo traducir una novela de aventuras que un drama clásico conocido, o una biografía objetiva. La calidad de la traducción, de la que el estilo es un ingrediente, está siempre en relación con el objeto buscado.

Existen también otros elementos a considerar. En el estudio de los problemas que nuestra actividad plantea se advierte, en enfoque retrospectivo, que se han dado cambios sensibles en la estética de la traducción, en el modo de ponde-

Nos recuerda don Quijote en el Capítulo LXII de la Segunda Parte de la inmortal novela de Cervantes, que "el traducir de una lengua a otra es como quien mira los tapices flamencos por el revés: que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez del haz..." pero no por esto infiere "que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen..." No obstante el matiz burlón de que aquí hace gala el eximio novelista, y alejándonos de estas cosas peores, advertimos que las variantes de esta actividad son múltiples. En prosa hay estilos, formas, especialidades, tecnicismos, que poseen particularidades propias; la poesía ofrece también las suyas. Mucho se ha debatido si para traducir poesía hay que ser poeta; si se puede o se debe traducir un poema en prosa o en verso; si conviene o no procurar conservar la rima, o si de no hacerlo se desvirtúa la tarea, etc.

Siglos hace que se contraponen la posibilidad de lo que se conoce como versión literal a lo que se alude como versión libre; que se discute si es o no factible la fidelidad (concepto variable, por otra parte, y a veces impreciso, por añadidura) en materia de traducción. ¿Hasta dónde tiene vigencia aquello de *traduttore traditore*? Sobre todo esto, las respuestas varían y se renuevan constantemente. Ya decía Amyot en el siglo XVI, el mismo que vio nacer a Cervantes y a Shakespeare, que una traducción debe ser "clara", vale decir, que debe poder entenderse, dado que el traductor tiene como propósito entender y transmitir lo entendido en forma comprensible a su vez. Aunque nos parezca sensata y aceptable esta posición respecto a lo general, no creemos que haya solución ideal y universal del problema que tome en cuenta todos los componentes particulares. En virtud de la complejidad del caso, y tomando en cuenta básicamente al texto escrito, que tiende a fijar, tantas veces en forma a lo sumo parcial o defectuosa, lo que por esencia es vivo y cambiante, nos parece oportuno efectuar algunas precisiones al respecto, sin pretensión alguna de originalidad, claro está, y distinguiendo la traducción del verso de la de la prosa.

La poesía —que al decir de Antonio Machado "es una respuesta animada al contacto del mundo" y que en ciertos períodos desempeñó en las traducciones un importante papel en la evolución de las artes y las letras, desde que comenzó a escribirse— también se halla presente, junto con la prosa, en el nacimiento de las literaturas que nos son familiares, empezando por la castellana: baste recordar aquí la importancia y la divulgación de ciertos textos religiosos, especialmente como se dio hace siglos, o recordar la labor de Alfonso el Sabio, o del Marqués de Santillana, entre otros, o la introducción del Renacimiento en las letras de España. La poesía, decimos, puede llegar a ser el género más difícil dentro de lo traducible. La traducción de un poema diríase que es una aventura, un tipo peculiar de interpretación, casi un ensayo a veces. Sea local o universal, tiene complejidades, heterogeneidades, elementos relevantes e irrelevantes. Cuando se traduce de una lengua a otra, se pasa a menudo de lo local y temporal a lo universal e intemporal, aunque esto, naturalmente, no es privativo de la poesía. En verso o en prosa, lo individual, lo particular, hace necesaria la traducción; lo general, lo universal, la hace posible. El escritor explora la realidad; el traductor contribuye a acrecer esa

conciencia de la realidad y de lo posible. La obra literaria existe ya en una lengua concreta; posee su sentido, en un sistema particular de denotaciones y connotaciones; la traducción la hace tangible universalmente.

Pero recordemos que en esta dimensión planetaria no ya el número importa sino, fundamentalmente, la selección de textos que merezcan traducirse.

Mas la traducción en sí, en función de experiencias y pareceres disímiles, y no obstante su palpable realidad, no siempre o para todos se cree o ha creído posible; se ha argumentado, especialmente con referencia a la poesía, que a veces es sólo una entelequia, una batalla perdida, diríamos; otras opiniones no la presentan sino como una dificultad a superar, o pasible de superarse. T. H. Savory comentaba hace unas décadas, en una interesante publicación llamada "The Art of Translation" que la realidad nos ofrece numerosos ejemplos de sugerencias contrastivas para el traductor de poesía: una traducción debe ofrecer las palabras del original / las ideas del original; debe leerse como una obra original / debe leerse como una traducción; debe reflejar el estilo del autor / debe poseer el estilo del traductor; debe leerse como contemporánea del original / como contemporánea del traductor; puede agregar u omitir algo del original / no debe omitir ni agregar nada al original; si el original está en verso, así debe ser la traducción / si es un poema, deberá traducirse en prosa...

¿Qué conclusión puede extraerse de esto? ¿Hay acaso alguna conclusión posible? A lo sumo, parecería prudente recordar algunos elementos a tener en cuenta.

En primer lugar, la traducción no es simplemente una relación entre autor y traductor: a menudo se pasa por alto el tercer término: el lector, término de por sí naturalmente cambiante, variable de época en época y de lugar en lugar, que por esto precisamente no tiene la misma receptividad: sabido es que los originales de las grandes obras no envejecen, pero sí sus traducciones.

Además, las lenguas no procuran siempre rendir u ofrecer todo; en ellas impera y alterna o se entremezcla con la elocución una indefinible frontera de silencio que no coincide entre unas y otras.

Por su parte, la mera noción de fidelidad cambia constantemente también. Se puede pensar en fidelidad... ¿a qué?, ¿a la forma?, ¿al contenido?, ¿a elementos inasibles, y por ello no cuantificables? Puede darse incluso hacia las letras mismas en algún caso. Todos los puntos de vista encierran aquí su cuota de verdad, pero a menudo son totalmente antitéticos. El estilo, que es uno de los elementos que dan pie a algunos conceptos de fidelidad, puede presentar tantas y tan complejas variantes que volverían artificial toda clasificación. El propósito puede influir, y de hecho influye, en aquél: no es lo mismo traducir una obra de divulgación para niños que para adultos; no es lo mismo traducir una novela de aventuras que un drama clásico conocido, o una biografía objetiva. La calidad de la traducción, de la que el estilo es un ingrediente, está siempre en relación con el objeto buscado.

Existen también otros elementos a considerar. En el estudio de los problemas que nuestra actividad plantea se advierte, en enfoque retrospectivo, que se han dado cambios sensibles en la estética de la traducción, en el modo de ponde-

rar la originalidad de la obra, la personalidad del autor, sus valores, que hoy son detalles, por decirlo así, enteramente respetables. En el siglo pasado se tendía a hacer caso omiso de ellos, en aras del "embellecimiento" del original que se procuraba lograr al verterlo a otro idioma.

El interrogante que alguna vez se ha planteado de si la traducción literaria es una operación lingüística o literaria (en el caso de distinción clara de sus respectivos límites), así propuesto puede llevarnos a falsear el planteamiento del problema. El factor lingüístico es también sumamente variable en el tiempo y en el espacio. Un ejemplo elemental de esto es el de la popularización de elementos que hacen innecesaria la explicación o traducción de un vocablo al cabo de un tiempo: inicialmente, había que explicar el sentido de la palabra 'whisky' en una traducción española de una obra inglesa; hoy sería artificial o incluso ridículo emplear otra palabra o término que no fuera ése para designar dicha bebida. Pero tal factor lingüístico puede pasar a tener importancia según las lenguas en que se trabaja: si no coexisten las mismas categorías gramaticales en ambas lenguas, surge una dificultad de entidad para el traductor. Los valores acordados a determinados términos en lenguas distintas aconsejan igualmente a veces sustituir unos por otros en casos particulares, como cuando al traducir de lenguas europeas a algunas lenguas africanas o amerindias (con frecuencia calificadas, errónea y desaprensivamente, de "primitivas"), debe escribirse, por ejemplo, 'hígado' o 'vientre' en lugar de 'corazón' en determinados contextos, para conservar la ilación necesaria a la comprensión.

En literatura, en poesía, es preciso tener en cuenta la función estética, afectiva, que se superpone a la de la mera comunicación, que es la predominante en textos científicos y técnicos, y en tantas oportunidades de la vida diaria. El problema se agudiza cuando este contenido afectivo choca con el soporte semántico, como se advierte en la traducción de literaturas que contienen una dosis más alta de sensualidad que la normal en la lengua de partida con respecto a la de llegada. Pero como estas funciones están vinculadas entre sí, el traductor debe tener en cuenta también tal trabazón para lograr un resultado decoroso.

En otro plano —y sólo a manera de ejemplo recordatorio, sin otro propósito que apenas el de mencionar algunos aspectos a tenerse en cuenta en la traducción literaria— está el problema del tratamiento de las metáforas. Hay aquí que distinguir, en primer lugar, la metáfora —que para Aristóteles era "la marca del genio"— de otras figuras (formas idiomáticas, polisémicas, proverbios). Sobre su traducción hay también dos puntos de vista esenciales y opuestos: la metáfora es intraducible, porque constituye un problema insoluble / la metáfora es traducible, aun en forma literal. Entre ambos, como ocurre con tantas cosas, hay variantes intermedias que a veces se superponen. La metáfora, por otra parte, constituye en sí una alteración semántica y creativa no institucionalizada; de ahí que el diccionario normalmente no la contemple, puesto que de ordinario sólo las formas institucionalizadas componen su caudal. En general, se la considera un fenómeno lingüístico *sui generis*. Peter Newmark distingue cinco tipos del género: metáforas muertas, clichés, corrientes, recientes y originales, que pueden traducirse de siete formas diferentes, según el

caso. Éste es un punto de vista a tener en cuenta, no el único, sin duda. La visión simplista que sugiere que la solución radica en su traducción literal, parece partir de la base de que todas tienen valor universal y, por lo tanto, son utilizables en una lengua tanto como en la otra. Nos inclinamos a pensar que esto no es así, o completamente así; por lo tanto, lo que determina la traducibilidad de una metáfora, sea cual fuere su originalidad o su osadía, es la medida en que se comparten en ambas lenguas, fuente y meta, las asociaciones semánticas del caso, que es el factor que las hace mutuamente inteligibles. Por eso hay que investigar, conocer o tener en cuenta, particularmente en este tipo de tarea, los factores culturales y léxicos en juego.

A diferencia de ciertos puntos de vista que hemos escuchado, referentes a algunos de los problemas y obstáculos existentes, mencionados aquí o no, nos inclinamos a sostener o, dicho en forma más clara o directa, creemos y sostenemos que la traducción, a pesar de todo, es posible. No la traducción ideal o perfecta, pero sí la buena traducción, o incluso, a veces, la muy buena o la excepcional.

El traductor literario, libre ahora del antiguo entorno místico—el mismo que hizo decir a Herodoto que la traducción comenzó en los tiempos del Faraón Psamético, que vivió en el siglo séptimo antes de Cristo, es decir, dos siglos antes que aquél—, continúa trabajando en gran parte solo, si bien con todos los recursos que la tecnología ha puesto en sus manos para comunicarse e informarse; parece a veces aislado, aparentemente separado del mundo, aunque su tarea apunta hacia éste. ¿Qué lo mantiene aherrojado a su mesa de trabajo, rodeado de sus diccionarios y obras de referencia, frente al teclado de su computadora o, en tiempos pretéritos, aferrado a su pluma, o más recientemente, ante una máquina de escribir? ¿No se vuelve tediosa, acaso, la compañía de los mismos libros? No, porque se está en compañía de los grandes espíritus, en plena disposición de las herramientas necesarias, en un permanente intercambio intelectual, que se plasma en la mente y se evidencia en la traducción, tarea que, decíamos, implica pensar, meditar, aprehender los matices, los secretos de la lengua, trabajar en forma creativa. Naturalmente, no todas las personas pueden tener éxito en tal empresa; no todos podemos ser matemáticos, no todos podemos ser biólogos, no todos podemos ser concertistas...

Hay una serie de imponderables en la aptitud para traducir: partiendo de la base del conocimiento de ambas lenguas y de la familiaridad con sus respectivas culturas, se advierte que la voluntad sola no basta; la vocación sola no alcanza; a ésta, que es una combinación de aptitud más entusiasmo, es menester agregarle posibilidad, tesón, sentido y conciencia de la tarea. El camino es difícil, lleno de acechanzas. La labor en sí—calificada, entre tantas otras formas, de "suplicio y "delicia"— puede llegar a ser apasionante, sobre todo cuanto mayor es la coincidencia con las preferencias de quien la realiza. Y dentro de sus géneros, la traducción literaria es quizá la parte más representativa del sistema general de la traducción. En el mundo de hoy, la multitud de lenguas—algunas de las cuales poseen un mínimo número de hablantes reducidos a un área limitada, mientras que otras son de ocurrencia mundial— refleja un rasgo específico de la literatura de hoy: el inter-

cambio o la transmisión no se hace ya por intermedio de terceros sino directamente entre las dos lenguas en cuestión, lo cual importa para la calidad, precisamente, de la traducción literaria. Actualmente, hay una evidente interacción entre el elemento humano regional y general, es decir, a escala planetaria, y la traducción literaria –fundamentalmente la de la prosa– se ha vuelto una de las vías más importantes del acercamiento cultural internacional. De ahí provienen, naturalmente, otros tantos escollos, derivados de la especificidad del estilo, de lo personal del lenguaje, de los elementos locales, como los del *Martín Fierro*, que mencionábamos al comienzo, que exigen al traductor una cohesión de medios que transmitan la especificidad nacional del autor elegido, de suerte de no menoscabar la lengua de llegada, de no empobrecerla, de no estereotiparla del modo como lo hacen tantas veces los medios de difusión, con la consiguiente pérdida de matices y riqueza. Para el traductor, la lengua de la obra que traduce no puede ser sólo una envoltura exterior del contenido, sino un elemento que une a ésta con la realidad; por ende, la lengua se vuelve no sólo hacia la obra a la que da forma sino también hacia el exterior, y une así el contenido al mundo circundante.

Traducir prosa es muchas veces un cometido difícil; traducir poesía es siempre tarea ardua. Al hacerlo en prosa, el original pierde su cualidad literaria, su riqueza de rima, su ritmo, su potencial emocional, por lo menos en parte; la traducción en verso, tan común en nuestros colegas del siglo XIX, implica adaptaciones que frecuentemente desvirtúan incluso el sentido del original. La adaptación de la poesía de la lengua de partida revistiéndola de nuevas formas propias de la lengua de llegada adquirió impulso hace veinte o treinta años, y cuenta con numerosos partidarios.

Como anotábamos hace unos momentos, todas las posturas tienen algo de defendible; probablemente debamos seguir, o por lo menos observar más de cerca, el fértil ejemplo de los escritores que son a la vez traductores. Modernos estudios y revaloración o creación de métodos parecen sugerir que no hay dificultades insuperables en materia de traducción. El traductor tiene a su disposición técnicas de sustitución y compensación dondequiera sea necesario. Pueden colocarse símbolos e imágenes pertinentes donde los originales no cumplan idéntica función en la lengua de llegada; pero es preciso sentir cuáles son los límites de la tarea, porque cuando el contenido de la lengua fuente se expresa en la lengua meta, debe necesariamente estar subsumido en una forma definida, que no puede divorciarse de ese contenido, por cuanto eso produce una considerable disonancia en el resultado.

Numerosos son los ejemplos que pudieran citarse, o los casos que el traductor puede tener que atender. Hay elementos tales como coloquialismos, jergas, localismos, formas idiomáticas a primera vista incomprensibles, que ponen a prueba la pericia y el ingenio o la inventiva del traductor, así como también su paciencia. Es preciso a veces combinar las formas parafrásticas con las literales, según la situación. La paráfrasis fue el gran recurso, por ejemplo, en la traducción de las *Escrituras*, no obstante algunas desventajas frente a determinadas formas literales. La traducción de un poema puede efectuarse modificando su esquema rít-

mico o sustituyéndolo por uno nuevo, o incluso manteniéndolo, naturalmente, si ello se juzga adecuado; lenguas diferentes suelen requerir aquí soluciones diferentes, según su afinidad y las circunstancias del caso. La traducción de obras teatrales presenta igualmente sus dificultades propias; el traductor debe cerciorarse de que el texto se adapte a la representación dramática en la lengua a la que traduce. Y así sucesivamente. Se trata, en definitiva, de compartir con el lector la admiración que despierta un determinado texto, teniendo en cuenta la variable finalidad que puede motivar la tarea, finalidad que no suele ser la de traducir por el mero hecho de traducir (que se da, por ejemplo, en la práctica de su aprendizaje), por cuanto habitualmente hay un objeto rector predeterminado.

Volviendo, entonces, al viejo interrogante inicial, i.e., ¿es preciso traducir "según el sentido" o "siguiendo las palabras"?, creo entonces, para finalizar, que las respuestas son tantas como distinciones hay que hacer en las ocasiones en que se formula la pregunta. Los matices intermedios dependerán, entre ambos extremos, de los muchos elementos a tener en cuenta en la resolución del manido dilema entre creatividad del traductor y el respeto del original, de ese optar por acercarnos o evitar a Escila o a Caribdis, pero sin dejar de lado al lector destinatario; de ahí que las antitéticas recomendaciones que se suelen citar no sean tan descabelladas como la antítesis misma pudiera dar a entender. Se ha dicho también que en la traducción el placer nace de la dificultad. Como tarea intelectual que es, supone un necesario plano espiritual que jerarquiza la función, mas no todo es puramente espiritual o intelectual en el desarrollo de la labor, también hay una cuota de esfuerzo físico. Además, es preciso repasar, releer, reconsiderar lo hecho; interrumpirlo a veces, y retomarlo más fríamente luego, en forma no fragmentada, para advertirlo desde otra perspectiva, más cercana a la del lector que a la del escritor. No es la situación del intérprete que, encerrado en su cabina, ve pasar el tiempo implacablemente, sin poder recurrir a ayuda, sin poder detener al orador para meditar un poco más, sin poder tener la certeza de que habrá de comprender todo y transmitirlo adecuadamente. El tiempo de que dispone el traductor —o del que debe disponer, porque las urgencias sin duda también existen para el traductor literario— es factor fundamental, que hay que utilizar diestramente, así como todos los elementos de ayuda que la civilización moderna pone a disposición.

El traductor —que aúna en sí al intelectual, al escritor y al literato— está llamado a jugar un papel de descubridor y fecundador, decía Edmond Cary en una de sus memorables intervenciones en los congresos de la F.I.T., y esa revelación y fecundación es uno de los elementos componentes de la calidad de su obra, se refleje esto en el nacimiento de una lengua o en el nacimiento de una literatura, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia, o simplemente en la labor contemporánea. En la civilización actual no es hereje como Étienne Dolet, que fue llevado a la hoguera en el siglo XVI, ni criminal, como alguna vez fue considerado en el Japón, ni un mero granuja quien traduce, como realmente creía el impresor de aquel autor inglés que fue Alexander Pope, o quien traduce conscientemente, sino un profesional cuya actividad creativa como difusor e intermediario entre cul-

turas está llamada a adquirir mayor importancia a medida que aumentan las necesidades y oportunidades de comunicación y vinculación entre los pueblos, tarea que, renovándose continuamente en sus características y sus desafíos, mas sin perder no obstante sus rasgos esenciales, en cualquiera de los campos de actividad que nos son propios –el científico, el jurídico, el literario o el corriente– nos compromete a todos por su significativa e indudable jerarquía, y por su útil, noble finalidad, que nos motiva, prepara e impulsa a arrostrar dificultades y desfallecimientos, compensados en última instancia con la satisfacción de la tarea y de la misión cumplidas.